

llos que se colocan por encima de las discordias de los demás hombres, con los ojos vueltos hacia un Bien y una Justicia venideros, á cuyo advenimiento en nada cooperan, sino aquellos otros que con ánimo levantado y esfuerzo heroico participan en el combate de la historia y, descubriendo, con mirada de vaticinio, de qué lado están la Justicia y el Bien, se alistan bajo sus banderas y logran el triunfo que los hombres vulgares, aunque justos y buenos, no acertarian á conseguir por sí mismos. La doctrina tolstoyana de la no resistencia al mal acarrearía fatalmente la desaparición del bien sobre la tierra. No se puede decir que sea doctrina evangélica. Ciertamente Jesucristo aconsejó poner la otra mejilla; pero no tenemos sino dos mejillas, y, en habiendo puesto las dos, no añade el Evangelio que debamos humillar el cuello al yugo ni presentar la espalda a la punta del pie. Acaso la exégesis de esta mansedumbre previa es que no debemos apercibirnos á la lucha sin estar cargados de razón, lo cual vale tanto como que debemos luchar por la Justicia.» Como el lector tendrá ocasión de observar, las frases transcritas no convienen exactamente con el libro de Romain Rolland. Bernard Shaw se ha colocado en hostilidad descubierta contra su patria. Rolland, por el contrario, no se enfrenta agresivamente con la suya, antes le ofrenda un amor entrañable; pero, este amor no es un amor único, cerrado é indivisible, como el de un hombre por una mujer ó el de un prosélito por una idea, sino que es un amor de contornos elásticos, como todo sentimentalismo, un amor á la manera de afecto ó afición, como del padre a sus varios hijos y del diletante á infinita diversidad de ideas. El amor a su patria no le estorba á Rolland para amar otras patrias, en lo que tienen de

amables. En esto está la actitud de hombre superior, que tanto irrita á sus compatriotas.

Tienen de común Bernard Shaw y Rolland el ser pacifistas, el abominar de la guerra. Se diferencian, sin embargo, tanto como puedan diferenciarse entre sí pacifistas y militaristas. Bernard Shaw no quiere que Inglaterra y Alemania estén en guerra, así como Rolland se plañe congojosamente de que lo estén Francia y Alemania. Pero, si pusiéramos frente a frente á Bernard Shaw y á Rolland es muy posible que concluyeran por tirarse los trastos a la cabeza. El pacifismo de Rolland es aristocrático. El de Bernard Shaw es democrático. El pacifismo de Rolland es literario. El de Bernard Shaw político y social. El de Rolland, estético. El de Bernard Shaw, ético. Para Rolland la humanidad no es sino la forma más depurada de sensibilidad y de conciencia. La humanidad está en rigor compuesta por un núcleo mínimo de espíritus refinados, privilegiados. La historia universal no es otra cosa que el repertorio y sucesiva ordenación de las obras sublimes del espíritu humano. El resto de la humanidad sirve de pretexto, envoltura y protección á este orbe minúsculo é irisado de los elegidos, al modo de la concha y la perla. Para Bernard Shaw, la humanidad es precisamente la concha y no la perla. La perla es una aberración ó morbo de la concha. Lo humano es el hombre, de cualquiera condición que sea. En el elegido, encumbrado las más veces por caso ó ventura, se descubre, sin que haga falta extraordinaria diligencia ni penetración, algo de bueno, que es lo que tiene de hombre como los demás, y algo de malo, por lo menos de ridículo y vano, que es lo que tiene de elegido. Romain Rolland piensa que la forma de